

CAPITULO LXIII.

NOTABLES ALOCUCIONES DE PIO IX. — LETRAS APOSTÓLICAS

PONIENDO TÉRMINO Á LAS CONTROVERSIAS DOCTRINALES DE BÉLGICA.

Los extraordinarios quebrantos ocasionados á las temporalidades del Pontificado eran suficientes y excesivos para dar al traste con toda institucion que no fuera divina. Todo cuanto tiene de poderoso é influyente la perversidad humana fue empleado simultáneamente contra la roca en que se asienta el trono y la Silla del sucesor de los Apóstoles. De ahí el que cuantos no alcanzan á ver el celestial apoyo que garantiza la admirable perpetuidad de la cátedra apostólica, creyeran haber sonado la hora de que el afligido Pontífice buscaria en humanas transacciones el amparo de los pueblos.

Presumian los ignorantes de la ciencia providencial que el Papa era capaz de ensanchar el círculo de las doctrinas para aumentar el número, harto mermado por cierto, de los fieles á su bandera, y de ahí la inconsiderada laxitud que en orden á la enseñanza doctrinal se observaba en determinadas escuelas.

Pio IX escogió el momento en que el mundo le creia pusilánime y débil para pronunciar á la faz del mundo vacilante una valiente afirmacion de los principios católicos, y de las consecuencias en aquellos principios entrañadas.

La alocucion del dia 18 de marzo de 1861, es sin duda alguna uno de los documentos característicos del Pontificado que historiamos.

En ella Pio IX deslinda los dos campos en que en orden á las doctrinas se dividen hoy los pensadores.

Preciso es leer el texto de aquella *alocucion*, que obtuvo inmediata celebridad, para conocer el pulso exquisito y el brillantísimo criterio con que fue redactada.

Conviene leerla antes de entrar en las consideraciones que ella dicta. Dijo así Su Santidad:

«Venerables hermanos. — Mucho tiempo hace, venerables hermanos, que estamos siendo testigos del deplorable conflicto en que la sociedad se agita, mayormente en esta época, á causa de la recíproca lucha de principios entre la verdad y el error, entre la virtud y el vicio, entre la luz y las tinieblas. Pues por una parte, defienden unos lo que ellos llaman la civilizacion moderna; otros al contrario, defienden los derechos santísimos de nuestra Religion. Piden los primeros, que el romano Pontífice se reconcilie y transija con el *progreso*, el *liberalismo* y la moderna civilizacion. Los otros con razon, suplican, que se conserven íntegros é inviolables los inmutables é inconcusos principios de la eterna justicia, y se guarde en su total integridad la robustísima virtud de nuestra Religion, que dilata la gloria de Dios, suministra oportunos remedios á tantos males como afligen al género humano, y es la única regla por la cual, adornados los hijos de los hombres con toda clase de virtudes, son conducidos al puerto de la bienaventuranza. Pero los defensores de la moderna civilizacion no se paran en esta diferencia, toda vez que afirman ser ellos los verdaderos y sinceros amigos de la Religion. Nos queríamos darles crédito si los tristísimos hechos, que cada dia pasan á nuestra vista, no nos demostraran absolutamente lo contrario. Una sola es ciertamente sobre la tierra, la santa y verdadera Religion fundada é instituida por el mismo JESUCRISTO, la cual es llamada católica, apostólica, romana, y que es la Madre y nodriza fecunda de todas las virtudes, extirpadora de los vicios, libertadora de las almas y enseña de la verdadera felicidad. Qué es lo que se ha de pensar de los que viven fuera de esta arca de salvacion, ya otra vez lo declaramos en nuestra alocucion consistorial del 9 de diciembre de 1854, cuya doctrina aquí confirmamos. Pero examinemos si las obras de los que, por el bien de la Religion, nos invitan á tender la diestra á la civilizacion, son tales que puedan mover al Vicario de Cristo en la tierra, constituido divinamente por Él mismo para defender la pureza de su doctrina, apacentar y confirmar á los corderos y á las ovejas en la misma doctrina, para que sin gravísimo detrimento de la conciencia y sin grandísimo escándalo de todos, se asocie á la moderna civilizacion, de cuyas obras tantos males, nunca bastante deplorados, resultan; tantas y tan horribles opiniones, errores y principios son proclamados contrarios de todo punto á la Religion católica y á su doctrina. Nadie ignora, entre otras cosas, como son totalmente abolidos los Concordatos solemnes legítimamente concluidos entre la Silla apostólica y los soberanos, como últimamente ha sucedido en Nápoles. Por lo cual, ante esta ilustre asamblea repetidas veces nos levantamos, venerables hermanos, y alta y absolutamente reclamamos, del mismo modo que contra semejantes atentados y violaciones otras veces hemos protestado.

«Al paso que esta civilizacion moderna favorece todos los cultos no católicos; al paso que abre la entrada de los cargos públicos á los mismos infieles, y cierra las escuelas católicas á sus hijos, se ensaña contra las comunidades religiosas, contra los institutos fundados para dirigir las escuelas católicas, contra un gran número de personas eclesiásticas de todas categorías, siquiera estén revestidas de las mas altas dignidades, muchas de las cuales arrastran miserablemente su vida en el destierro ó en las cárceles, y aun contra distinguidos legos que, adictos á Nos y á esta Santa Sede, denonadamente han defendido la causa de la Religion y de la justicia. Al paso que esta civilizacion auxilia á las instituciones y á las personas no católicas, despoja á la

Iglesia católica de sus posesiones mas legítimas, y emplea todos sus esfuerzos en disminuir la autoridad saludable de la Iglesia. Al paso, finalmente, que deja entera libertad á todos los discursos y escritos que atacan á la Iglesia y á todos los que le son adictos de corazon; al paso que excita, nutre y fomenta la licencia, muéstrase reservada y poco solícita en reprimir los ataques, muchas veces violentos, dirigidos contra los que publican obras excelentes, y castiga con toda severidad á los autores de estas obras cuando, siquiera sea levemente, parece que traspasan los límites de la moderacion.

«¿Y podría el romano Pontífice tender una mano amiga á este género de civilizacion, y celebrar con ella una cordial union y alianza? Llámese á cada cosa por su nombre, y esta Santa Sede nunca faltará á lo que á sí se debe. Ella, en efecto, fue constantemente la protectora y sostenedora de la verdadera civilizacion: los monumentos de la historia elocuentemente atestiguan y comprueban, que en todos los siglos la Santa Sede ha sido quien ha hecho penetrar en los países mas lejanos y mas bárbaros del universo la verdadera humanidad, disciplina y sabiduría. Pero si con el nombre de civilizacion quiere entenderse un sistema inventado precisamente para debilitar, y quizá tambien para acabar con la Iglesia de CRISTO, jamás podrán conformarse con semejante civilizacion la Santa Sede y el romano Pontífice. ¿Qué tiene que ver, como sapientísimamente dice el Apóstol, *la justicia con la iniquidad?* ¿Y qué compañía puede haber entre la luz y las tinieblas? ¿Ó qué concordia entre CRISTO y Belial (1)?

«¿Con qué probidad los perturbadores y fautores de la sedicion levantan la voz para exagerar los esfuerzos que vanamente han intentado para ponerse de acuerdo con el Pontífice romano? Este, que saca toda su fuerza de los principios de la eterna justicia, ¿cómo podría jamás abandonarlos, á riesgo de que corriera peligro la santísima fe, y poner á la Italia en inminente peligro tambien de perder el especial esplendor y gloria con que brilla hace diez y nueve siglos, como el centro y silla principal de la verdad católica? No puede objetarse que esta Sede apostólica haya tenido cerrados los oídos, en lo concerniente al principado civil, y á las peticiones de los que manifestaron deseos de un régimen mas libre. Dejando á un lado ejemplos antiguos, hablemos de esta nuestra infeliz época. Luego que Italia obtuvo de sus legítimos príncipes Constituciones mas libres, Nos, animado de paternales sentimientos, deseamos que nuestros hijos, sometidos á nuestro dominio, tomaran parte con Nos en la administracion civil, hicimos las oportunas concesiones, conformándolas, sin embargo, con las reglas de la prudencia, por temor de que el beneficio dictado por nuestro paternal corazon, no se convirtiera en un veneno por artificio de los hombres malos. ¿Y qué es lo que ha resultado? Una licencia desenfrenada se apoderó de nuestras concesiones inofensivas; el palacio donde estaban reunidos los ministros y diputados fue salpicado de sangre, y las manos impías de los sacrílegos se volvieron contra el mismo que les concediera los beneficios. Si en estos últimos tiempos se nos dieron consejos respecto de la administracion civil, no ignorais, venerables hermanos, que los hemos admitido, á excepcion de uno solo que hemos rechazado, porque no se referia á la administracion civil, sino que al contrario, se encaminaba á hacer que consintiéramos en la expoliacion ya ejecutada. Pero no hay por qué ha-

(1) II Cor. VI, 14, 15.

blemos de consejos favorablemente recibidos por Nos, y de las sinceras promesas que hemos hecho de ponerlos en práctica, toda vez que los fautores de las usurpaciones proclaman á voz en grito, que lo que en la última instancia quieren no son reformas, sino una rebelion absoluta, un rompimiento completo con el Soberano Pontífice. Y estos mismos eran los mas encarnizados promovedores del mal, los que llevaban la bandera de la revolucion, los que gritaban por todas partes, no el pueblo; por manera que de ellos puede decirse lo que el venerable Beda decia de los fariseos y de los escribas, enemigos de CRISTO (1): *Estas calumnias no son de ninguno de la multitud, sino de los escribas y fariseos, como lo atestiguan los Evangelistas.*

«Pero el ataque dirigido contra el Pontificado romano no solo se encamina á privar enteramente á la Santa Sede y al romano Pontífice de su legítimo principado civil; tiende tambien á debilitar, y si posible fuera, acabar de todo punto con el saludable poder de la Religion católica. Por esta razon se ataca la obra del mismo Dios, el fruto de la redencion y aquella fe santísima, herencia la mas preciosa que nos ha venido del inefable sacrificio consumado en el Calvario. Y que á esto se encaminan, suficientemente lo demuestran los hechos ya mencionados, y los que todos los dias vemos realizarse. En efecto, ¡cuántas diócesis de Italia se han visto, á consecuencia de diferentes obstáculos, privadas de sus obispos, con aplauso de los defensores de la civilizacion moderna, que dejan tantos pueblos cristianos sin pastores, que se apoderan de sus bienes para emplearlos aun en usos culpables. ¡Cuántos prelados han sido desterrados! ¡Cuántos apóstatas, preciso es confesarlo con dolor, que hablan no en nombre de Dios, sino en nombre de Satanás, seguros de la impunidad que les concede un sistema fatal, trastornan las conciencias, arrastran á los hombres débiles á la prevaricacion, confirman en su error á los que miserablemente han caído en todo género de vergonzosas doctrinas, y se esfuerzan en rasgar la túnica de CRISTO, una vez que no temen proponer y recomendar las llamadas iglesias nacionales y otras impiedades de esta especie! Y despues de haber insultado de este modo á la Religion, á la cual invitan hipócritamente para que se ponga de acuerdo con la civilizacion moderna, no temen excitarnos con la misma hipocresía á que nos reconciliemos con Italia, es decir, á que privados de casi todo nuestro principado civil, no sosteniendo la pesada carga del Pontificado y del principado sino con ayuda de las piadosas ofrendas, que los hijos de la Iglesia nos envian todos los dias con la mayor ternura, mientras que Nos estamos hecho gratuitamente el blanco de la envidia y del odio por artificio de los mismos que nos piden la reconciliacion; á que declaremos además públicamente, que cedemos á los expoliadores la libre propiedad de las provincias usurpadas á nuestros Estados pontificios. ¡Con esta inaudita y audaz solicitud tratarian de que la Silla apostólica, que fue siempre el alcázar de la verdad y de la justicia, sancionara, que el inicuo agresor tranquila y honestamente pudiera poseer lo que injusta y violentamente ha robado, y se estableciera un principio tan falso como decir, que un hecho injusto, coronado con un resultado afortunado, ningun daño causa á la santidad del derecho. Esto es de todo punto contrario á las solemnes palabras pronunciadas no hace mucho tiempo en un senado poderoso é ilustre, donde se declaró, *que el Pontífice romano es el representante de la principal fuerza moral*

(1) Lib. I, c. XLVIII, in c. XI, Lucæ.

en la sociedad humana. De donde se sigue, que en ninguna manera puede consentir ese bárbaro despojo sin violar los fundamentos de esta ley moral, de la cual es reconocido como la forma é imagen mas perfecta.

«Por lo que hace á aquellos que, seducidos por el error ó arrastrados por el temor, querrian dar consejos favorables á los deseos de los injustos perturbadores de la sociedad civil, es necesario, sobre todo hoy dia, estén persuadidos, que estos perturbadores nunca estarán satisfechos mientras no vean por tierra todo principio de autoridad, todo freno religioso, toda regla de derecho y de justicia. Para desgracia de la sociedad civil, han logrado ya estos hombres perversos pervertir con sus discursos y con sus escritos las inteligencias, debilitar el sentido moral y quitar el horror á la injusticia. Encamínanse sus esfuerzos á persuadir á todos, que el derecho invocado por las naciones honradas no es otra cosa sino una voluntad injusta, que es necesario de todo punto despreciar. ¡Ay! verdaderamente *se deshace en lágrimas la tierra, y se consume y desfallece: consúmese el mundo, consúmense los magnates del pueblo de la tierra. Inficionada está la tierra por sus habitantes, pues han quebrantado las leyes, han alterado el derecho, rompieron la alianza sempiterna* (1).

«Pero en medio de tantas tinieblas, en que ha permitido Dios en sus juicios se ofusquen las naciones, Nos ponemos nuestra esperanza y confianza en la clemencia del Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones. Porque él es, venerables hermanos, quien ha derramado entre vosotros el espíritu de union y de concordia, y quien le derramará cada dia con mayor abundancia, á fin de que estando á Nos estrecha, justa é inseparablemente unidos, os halleis prontos á sufrir con Nos la suerte que á cada uno de nosotros está reservada en los secretos designios de la Providencia. Él es quien, por medio del vínculo de la caridad, une entre sí y con este centro de la verdad y unidad católica á los obispos del mundo cristiano, quienes instruyen en la doctrina evangélica á los fieles confiados á sus cuidados, y con su prudencia y santas enseñanzas muestran en medio de tan grandes tinieblas á los pueblos el camino seguro que deben seguir. Él es quien derrama sobre las naciones católicas el espíritu de oracion, é inspira á las que no lo son, un instinto de equidad, que las hace formar un juicio recto sobre los acontecimientos actuales. Este admirable concierto de oraciones en todo el mundo católico, estos unánimes testimonios de amor hácia Nos, de todos modos expresados (lo que no podria fácilmente encontrarse en los siglos pasados), claramente demuestran, cuán persuadidos están los hombres bien intencionados, de que es necesario acudir á esta cátedra del bienaventurado Príncipe de los Apóstoles, luz del mundo, maestra de la verdad, mensajera de la salud, que ha enseñado siempre, y no dejará de enseñar hasta la consumacion de los siglos, las inmutables leyes de la eterna justicia. Tan léjos han estado los pueblos de Italia de abstenerse de estas ostensibilísimas pruebas de amor y filial obediencia hácia esta apostólica Silla, que por el contrario, hemos recibido de ellos muchos millares de afectuosas cartas, que nos han sido escritas no para solicitar esta reconciliacion reclamada por hombres arteros, sino para lamentar nuestros trabajos, penas y angustias, confirmarnos su amor hácia Nos, y condenar la criminal y sacrilega exoliacion de nuestro dominio y de los Estados de esta Santa Sede.

(1) Isai. xxiv, 4, 5.

«En este estado las cosas, antes de poner fin á este discurso, delante de Dios y de los hombres clara y patentemente declaramos, que Nos no tenemos ningun motivo para reconciliarnos con quien quiera que sea. Pero toda vez que, aunque indigno, Nos hacemos aquí en la tierra las veces de Aquel que pidió perdon por sus enemigos, comprendemos muy bien que Nos debemos perdonar á los que nos odian, que debemos orar para que con la gracia de Dios se arrepientan y de este modo merezcan la bendicion del que es en la tierra Vicario de CRISTO. Nos, pues, oramos por ellos con todo nuestro corazon, y estamos prontos á perdonarles y bendecirles en el momento que se arrepientan. Entretanto, sin embargo, no podemos permanecer impassibles como si nada se nos diera de las calamidades humanas; no podemos menos de conmovernos y angustiarnos sobremanera, y tomar como nuestros los grandísimos males y daños injustamente causados á aquellos que padecen persecucion por la justicia. Por lo tanto, al paso que íntimamente nos llenamos de tristeza, rogamos á Dios, y cumplimos el mas importante deber de nuestro supremo apóstolado, levantando la voz para enseñar y para condenar lo que Dios y su Iglesia enseñan y condenan, á fin de cumplir así nuestra carrera y el ministerio de la palabra que de JESUCRISTO hemos recibido, y dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios.

«En tal concepto, si se nos piden cosas injustas no podemos acceder á ellas; pero si se nos pide perdon, prontos estamos, como acabamos de decir, á concederle de todo nuestro corazon. Pero á fin de proferir esta palabra de perdon del modo que conviene á la santidad de nuestra dignidad pontificia, nos arrodillamos ante Dios, y abrazando el signo glorioso de nuestra redencion, humildemente suplicamos á JESUCRISTO, que nos llene de la misma caridad con que perdonó á sus enemigos antes de entregar su espíritu en manos de su eterno Padre. Lo que en estos momentos le pedimos con instancia es, que, así como despues de haber concedido el perdon, en medio de las espesas tinieblas que cubrian la tierra, iluminó el espíritu de sus enemigos que, arrepintiéndose de su horrible crimen, se volvian dándose golpes de pecho, del mismo modo quiera tambien, en medio de las tinieblas de nuestros dias, derramar los inagotables tesoros de su infinita misericordia y los dones de su gracia celestial y triunfante, y conducir todas las ovejas extraviadas á un solo redil. Sea el que se quiera el destino que nos esté reservado en los designios de la Providencia, rogamos á JESUCRISTO en nombre de la Iglesia, que él mismo juzgue la causa de su Vicario, que es la de su Iglesia, que la defienda contra los esfuerzos de sus enemigos, la embellezca y adorne con una gloriosa victoria. Rogámosle tambien que restablezca el orden y la tranquilidad en la sociedad agitada, y nos conceda la paz tan deseada para el triunfo de la justicia, que de él únicamente esperamos. Pues en medio de tantos trastornos como agitan á la Europa y á todo el universo, y que amenazan á los que se ocupan en la penosa tarea de gobernar á los pueblos, no hay sino solo Dios que pueda pelear con Nos y por Nos. *Júzganos, Señor, y separa nuestra causa de la de un pueblo que no es santo; dános la paz en nuestros dias, porque no hay otro que pelee por Nos sino tú, Señor Dios nuestro.*»

Fácil es calcular á priori la algazara que la anterior *alocucion* promovió entre los racionalistas sistemáticos y los frios é indiferentes católicos.

Proclamóse en seguida la incompatibilidad del Pontificado con el modo de ser actual de la sociedad, y batiendo palmas los que, sostenedores de que el

Catolicismo habia cumplido su mision, ¿qué mas podíamos desear? exclamaron: *audistis blasphemiam*; y las turbas ilusionadas á una voz prorumpieron: *Reus est mortis*.

La prensa universal — excepto la que rinde el debido culto al magisterio de la verdad religiosa — dió por sentado que el Papa negaba la justicia de la civilizacion, y evocaba las sombras y las tinieblas de la antigua barbarie; que el anatema de Roma se extendia á todas las conquistas del progreso industrial y artístico, y mezclando la sátira al sofisma, representaron á la sociedad fiel y súbdita del Pontificado, apagando el gas, quebrantando las vias férreas, inutilizando el telégrafo, destruyendo las perfecciones de la mecánica, y volviendo á la situacion primitiva del género humano.

Sin embargo, los directores de aquel horrisono *tolle*, conocian toda la extension de sus injustificables exageraciones.

Poco talento se necesita para comprender despues de la lectura de aquella oportuna *alocucion*, que nada de cuanto legítimo contiene el progreso y la civilizacion, venia afectado con las declaraciones del Pontífice romano.

La civilizacion moderna, que el Papa declara adversaria del Catolicismo é incompatible con la fe, antes de la declaracion pontificia habia levantado ya guerrero pendon contra la Iglesia, cuyos derechos han sido el blanco constante de sus tiros, en cuyas instituciones sin cesar un momento se ha cebado su venenoso rencor; cuya gloria se ha esforzado en trocar en oprobio y cuyas doctrinas bajo diversas formas cada dia y en todos los países combate.

La civilizacion moderna, con la que el Papa asegura que jamás se reconciliará, es aquella que se gloriaba, antes de que el Papa de ello hablara, de ser irreconciliable con la enseñanza del magisterio sobrenatural; es aquella cuyos hechos *causan grave detrimento á las conciencias y grande escándalo á las almas*; es la civilizacion que quebranta los concordatos apenas iniciados; la que patrocina los cultos anticatólicos, y oprime al católico; la que cierra las escuelas católicas, disuelve las comunidades religiosas, y ultraja las eminentes dignidades eclesiásticas y destierra y encarcela á los que dan testimonio de devocion y fe; la que despoja de sus legítimas posesiones á la Iglesia, y no perdona medio de amenguar su saludable influencia; la que no tolera la energía de las defensas del derecho y permite los excesos de sus conculcadores; moderada en reprimir los sacrilegios, benigna en reprender los crímenes.

La civilizacion que Pio IX declara irreconciliable está definida en las siguientes dos líneas: *Es el sistema establecido á propósito para debilitar y acaso destruir la Iglesia de JESUCRISTO*.

Preciso es convenir que no sin un supremo razgo de atencion, Pio IX pudo ni siquiera llamar *civilizacion* á tan sistemáticos atropellos.

En el hecho, por otra parte imposible de realizarse, la reconciliacion con la escuela que sanciona semejantes iniquidades, el Papa hubiera abdicado su dignidad, la mas alta representacion de la fuerza, de la vida y de la incorruptibilidad moral. No era ni concebible transigir en este punto.

«¿Como quereis, decia, el conde de Montalembert, que la Religion, esté de acuerdo con la libertad, cuando empieza por suprimir la propia libertad de la Iglesia?»

«¿Estais dispuestos á conceder al romano Pontífice la libertad temporal, una soberanía que asegure bastante poder y bastantes recursos, para que, li-

bre de toda presion y de toda obligacion, solo tenga que elevar sus manos hácia Dios?»

«¿Estais dispuestos á aceptar la *entera* libertad de la Iglesia en vuestros grandes Estados?»

«¡Solo en este caso podeis hablar de la reconciliacion entre la Iglesia y la libertad!»

«Pero en vez de esto, en los últimos diez años habeis violado, sin pretextar otro derecho que la fuerza, todos los tratados, todos los compromisos solemnemente contraidos por el Rey del Piamonte y la Santa Sede. Con indignos procedimientos perseguís á los pocos escritores que levantan su voz en defensa del Pontífice. Habeis denunciado al Soberano Pontífice en el Congreso de París, habeis calumniado sus instituciones, habeis desfigurado sus actos, desterrado á sus Obispos; habeis despreciado sus sentencias, habeis violado sus fronteras, habeis invadido sus Estados, habeis encarcelado á sus defensores, habeis insultado, desterrado y bombardeado á sus soldados, habeis felicitado á Garibaldi, porque dentro de seis meses se *hallará* sobre el sepulcro de los Apóstoles.

«Y despues decís á los católicos: *Yo soy la libertad, y yo os tiendo la mano.*»

En efecto, Montalembert describió perfectamente la libertad que ofrece su mano al pontificado; al contemplar su exacto retrato, resplandece la grandeza y dignidad del Pontificado, que rechaza esta mano, que le dice con resolucion magnánima: *Tu mano no la quiero, rechazo semejante maridaje, soy virgen y quiero permanecer virgen.*

No tardó el mismo Pio IX en dar ante la cristiandad atenta una nueva pincelada á la fisonomía de la civilizacion declarada irreconciliable. La *alocucion* del 30 de setiembre del propio año 1861, ofrece un cuadro verdaderamente lastimoso de las invasiones materiales y morales del espíritu del mal en el santo terreno de los derechos y de las atribuciones católicas. Decia el Papa al consistorio de los eminentísimos cardenales:

«Venerables hermanos. — Todos vosotros recordais, venerables hermanos, con cuanto dolor de nuestra alma frecuentemente hemos deplorado en esta vuestra augusta Asamblea, los numerosos y lamentables males causados á la Iglesia católica, á la Santa Sede y á Nos mismo, con grande daño de la sociedad civil, por el Gobierno del Piamonte y por los demás fautores de aquella funestísima rebelion, sobre todo en las desgraciadas provincias de Italia, por dicho Gobierno usurpadas tan injusta como violentamente. Entre las innumerables y cada vez mas graves heridas causadas sin cesar á nuestra Religion por dicho Gobierno, y por los hombres que forman parte de una detestable conspiracion, nos vemos precisado á llorar que nuestro querido hijo y esclarecido compañero vuestro, el vigilante Arzobispo de la Iglesia de Nápoles, ilustre por su piedad y virtud, que veis aquí presente, haya sido arrancado de su rebaño á mano armada, con grande afliccion de todos los buenos. Notorio es á todos de qué modo dicho Gobierno y los satélites de la rebelion, llenos de todo engaño y falsedad y hechos abominables en sus caminos, renovando las maquinaciones de los antiguos herejes, y arrojándose violentamente contra todo lo sagrado, se esfuerzan en echar por tierra, si les fuera posible, la Iglesia de Dios y la Religion católica, arrancar de raíz de las almas de todos su saludable doctrina, y excitar y encender toda clase de malas pasiones.

«De aquí es que, conculcados todos los derechos divinos y humanos, me-